

CUESTIÓN DE CARÁCTER

LORENZO SILVA

ESCRITOR Y GUARDIA CIVIL HONORARIO

Cuentan que en cierta ocasión, cuando la Guardia Civil era un instituto todavía recién creado, el general Narváez, que había sido su gran impulsor político, le pidió a Francisco Javier Girón, segundo duque de Ahumada, inspector general del Cuerpo y su primer organizador, que corrigiera disciplinariamente a un cabo con el que había tenido un incidente a la entrada de una función en el Teatro Real, al que su cochero había tratado de llevarlo por un acceso no autorizado. Ahumada le prometió informarse del hecho y así lo hizo, con el interesado y también con su superior, quien le confirmó que el cabo se había atenido a las órdenes recibidas. Al día siguiente el duque fue a contárselo a Narváez y le preguntó si insistía en que se corrigiera al cabo. El *Espadón de Loja*, como también se le conocía, se ratificó en su decisión, y vino a decir que de qué servía ser presidente del gobierno —y de facto, el hombre fuerte del país— si un simple cabo lo vejaba a uno. Ante esa respuesta, el duque le ofreció la carta en la que llevaba redactada y firmada su dimisión. No podía aceptar que se despojara de autoridad a ese cabo que había cumplido con su deber, lo que era tanto como quitársela al cuerpo que mandaba. Narváez, pasado el asombro inicial, le dijo a su subordinado —lo era desde los viejos tiempos de la primera guerra carlista— que, si se iba a poner así, se olvidara de lo que le había pedido.

No sabemos si esta historia, como cualquier otra, recoge la verdad de los hechos o engordó con la imaginación y el ornato que le aportaron sus diversos narradores, incluido el que acaba de reproducirla; pero algo de cierto hay sin duda en ella, porque obedece a un carácter que ha distinguido a los guardias civiles, y a través de ellos a la institución que encarnan y a la que con su servicio representan, desde el principio de su andadura.

Este carácter no era fruto de la casualidad. Ahumada se cuidó de que a las filas de la Guardia Civil solo se incorporaran hombres con una hoja de servicios intachable en el ejército, que además supieran leer y escribir —en un país con tres cuartas partes de analfabetos— y tuvieran una estatura mínima de 1,60 metros —baja para los estándares actuales, pero estimable en 1844—. Todo ello dio como resultado que los primeros guardias civiles fueran tipos curtidos —la mayoría de ellos, veteranos de la guerra carlista—, con criterio e incluso imponentes desde el punto de vista de su porte físico. Y no se detuvo ahí: a esos hombres selectos los proveyó de un código de conducta exigente e inspirado, llamado a suplir con los principios y el espíritu del conjunto las siempre inevitables flaquezas individuales.

Ese código, contenido en la Cartilla del Guardia Civil de 1845, se abre con la proclamación, tan genérica como a la vez significativa, de que el honor debe ser la principal divisa del guardia civil, y se concreta en multitud de mandatos precisos y pertinentes, que contribuyeron y contribuyen a forjar el carácter que impregnó e impregna, todavía hoy, a quienes dan en vestir el uniforme del cuerpo. De singular acierto es, entre otros muchos, el triple mandamiento que insta al guardia civil a ser «prudente sin debilidad,

firme sin violencia y político sin bajeza» y que a su modo evoca el clásico concepto de justicia del romano Ulpiano, con cuyos *suum cuique tribuere* —«darle a cada uno lo suyo»—, *alterum non laedere* —«no dañar a otro»— y *honeste vivere* —vivir de manera honesta— pueden respectivamente identificarse. O la exhortación, de la máxima importancia tratándose de una fuerza armada, a emplear como primeras armas «la persuasión y la fuerza moral, recurriendo solo a las que lleve consigo cuando se vea ofendido por otras, o sus palabras no hayan bastado». Con el mismo valor debe recordarse la insistencia de la cartilla en que el guardia civil evite «las vejaciones, las malas palabras y los malos modos», respete el domicilio de los particulares, llame a la puerta y pida permiso antes de entrar en una habitación, ceda el paso «a toda persona bien portada» y sea «muy atento con todos». Nada más coherente con un servicio que está orientado a velar «por la seguridad de todos» sin distinción de ninguna clase. No menos inteligente es el recurso ocasional a una retórica literaria y aun quijotesca, como cuando enuncia la máxima de que el guardia civil, cual caballero andante, «procurará ser siempre un pronóstico feliz para el afligido». Son ideas como estas, cuando se expresan y se aplican con convicción, las que hacen surgir el carácter en una institución y en las personas que la forman, y las que explican su falta, cuando no están ni se ejercitan.

Nació en efecto la Guardia Civil con una buena provisión de carácter en todos los sentidos, y recurrió a él y lo demostró a menudo durante su primera década de existencia, a las órdenes del mismo hombre que la organizó. Sin embargo, que el carácter lo haya mantenido hasta 175 años después, por muy sabias y muy hábiles que fueran las previsiones de Ahumada, tiene que ver, por un lado, con la atracción a sus filas durante todo este tiempo, tal vez por efecto de la filosofía de vida y los valores que supo encarnar desde el principio, de una multitud de servidores públicos de una abnegación, una integridad y una generosidad superiores a la media; y por otro, con la circunstancia, algo más azarosa, de haber contado históricamente, en coyunturas clave, con la dirección y el impulso de individuos dotados también de un carácter y una lucidez fuera de lo corriente. Jefes que, si no alcanzaron la talla de Ahumada, supieron cuando menos cuidar y preservar su legado para hacer que prevaleciera frente a los vaivenes terribles de la historia española contemporánea.

Inspectores y directores generales de fuerte personalidad los ha tenido la Guardia Civil una y otra vez, quizá porque dirigir el Cuerpo es una tarea que atrajo siempre a generales ambiciosos, en la época en que serlo era requisito para mandarlo, y luego a políticos de parecido perfil, con mejor o peor resultado en ambos casos. Nombres como los de Burguete, Sanjurjo, Alonso Vega o Sáenz de Santa María, al margen de la opinión que merezca el papel histórico de cada uno, son notorio ejemplo. Sin embargo, es a otros, seguramente menos conocidos y recordados, a los que nos referimos en este punto. Jefes que accedieron al mando de la Guardia Civil en momentos en que se jugaba, casi siempre por razones ajenas a su actuación, su ser o no ser, y que fueron capaces de comprenderlo y tomar las medidas necesarias para, en armonía con sus valores fundacionales, permitirle salvar con éxito los escollos y continuar su servicio a los españoles.

Fue el primero de estos jefes el general Facundo Infante, un liberal revolucionario y masón, que se había tenido que exiliar de la España gobernada primero por los absolutistas y después por los moderados, y que accedió a la dirección del Cuerpo tras la revolución de 1854. A él se debe una encendida defensa en las Cortes de la Guardia

Civil, que muchos de los revolucionarios querían disolver, haciendo valer ante ellos el mérito del que la había dotado su fundador y contrincante político: ser una fuerza de seguridad profesional y eficaz y ajena a la refriega partidista, lo que la convertía en patrimonio de todos los españoles. Por otra parte su labor de protección de personas y bienes servía como ninguna otra al desarrollo económico de la nación, que era para los liberales progresistas el presupuesto esencial del acceso a las libertades. Para que no quedaran dudas a sus oponentes, a los que derrotó en la cámara, salvando así de la quema a la Guardia Civil, Infante lo expresó con palabras vibrantes que aún hoy resuenan como una divisa a la que aquellos que visten su uniforme pueden —y probablemente deben— agarrarse como a la mejor garantía de su pervivencia: «La Guardia Civil, si no ha excedido, ha igualado a los más valientes, a los más andadores, a los más celosos por defender la causa de la libertad».

El segundo líder providencial que encontró la Guardia Civil fue el general Juan Zubía Bassecourt, que llegó a la dirección general en 1918, o lo que es lo mismo, cuando aún perduraban los ecos de la huelga general revolucionaria del año anterior, tras la estrepitosa caída del gobierno de Eduardo Dato y en un clima de descomposición galopante del régimen político surgido de la Restauración. Hijo de un comisario de policía judicial, veterano de la tercera guerra carlista, la de Cuba —donde tuvo el mando de columnas mixtas con guardias civiles y se familiarizó con su espíritu— y la de Marruecos de 1911, se percató de la pérdida del afecto de buena parte de la población hacia el Cuerpo; en especial, en las zonas del país más castigadas por los conflictos derivados de la lucha obrera protagonizada por los anarquistas, como Cataluña, donde los guardias civiles se veían una y otra vez increpados y tratados como fuerzas de ocupación. Constató la penuria en que vivían y trabajaban sus hombres, después de que el paso de las décadas hubiera devaluado, por omisión de la actualización debida, los haberes de los guardias y los fondos con los que funcionaba la institución, que había sido obsesión de Ahumada mantener en un nivel suficiente. Al duque dedicaba este recuerdo a los pocos meses de tomar posesión: «Desde que estoy sentado frente al insigne fundador del Cuerpo y voy hojeando las sabias disposiciones que dictó, cada vez me convengo más de que debe uno mirarse mucho antes de reformar nada de lo que hizo aquel señor. Reformar, desde luego, no. Adaptarse al medio actual, marchar al compás del tiempo, sí. Pero muy despacio y meditándolo y pensándolo, oyendo opiniones, pensándolo bien». Tan bien lo pensó y lo puso en práctica, a lo largo de los setenta y seis meses de su mandato —en los que coexistió con once gobiernos—, que al terminarlo la Guardia Civil estaba plenamente reorganizada, reequipada y ampliada hasta 26.000 hombres, a quienes se les aumentaron las retribuciones, corrigiendo entre otras cosas la brecha que había entre mandos y guardias. Gracias a Zubía, en buena medida, la Guardia Civil pudo sobrevivir a la monarquía y no la disolvió la República.

Un tercer jefe de excepción para la Guardia Civil, presente también en un momento excepcional, fue el que la mandaba en la jornada aciaga del 23 de febrero de 1981, que dejó para la Historia la imagen ominosa de un guardia civil interrumpiendo el pleno de la Cámara donde se elaboraban las leyes que era su deber guardar y hacer guardar. Quiso la fortuna, o de nuevo lo determinó así el carácter de la Guardia Civil, que al frente del instituto se encontrara ese día el teniente general del arma de ingenieros José Aramburu Topete, un militar ilustrado y sensato que comprendió al instante la enorme trascendencia histórica de la coyuntura. Asumió de manera decidida la misión que esta

le encomendaba, personándose en el Congreso en la primera hora para instar a los sublevados a que depusieran su actitud y no perseveraran en una acción con la que no hacían honor ni le prestaban servicio alguno al uniforme que vestían. Aramburu, un hombre de fina ironía y no menos fina inteligencia, veterano de la División Azul condecorado con dos cruces de Hierro, al que muchos soldados de la compañía de ingenieros bajo su mando debieron salir vivos de la feroz batalla de Krasny Bor, gracias a las disposiciones que tomó antes del ataque soviético, supo con su comportamiento en la noche del 23 al 24 de febrero de 1981, y en los días posteriores, consolidar a la Guardia Civil como una institución leal a la ley democrática. O lo que es lo mismo: a la ciudadanía cuyos derechos y libertades esa misma ley proclama y garantiza. La vacunó así contra el bacilo que de manera tan aparatosa se había manifestado en su propio seno, y contribuyó a que fuera percibida por los españoles, no como una amenaza, sino como fiel defensora de la plena vigencia del Estado social y democrático de derecho, una tarea en la que los guardias civiles habrían de emplearse y sacrificarse como pocos, haciendo frente a quienes pretendían derribarlo; además de los involucionistas, quienes alentaron, jalearon y sostuvieron el terror de ETA.

Hombres como estos tres cuya semblanza queda hecha a vuelapluma en las líneas precedentes, y como el propio duque de Ahumada, es decir, individualidades de fuste y con visión del momento y del futuro, son posiblemente necesarias para que una institución se consolide y adquiera y mantenga el vigor que necesita para sortear las encrucijadas de la Historia. La Guardia Civil las tuvo, desde el principio, y eso le permitió acreditarse como ese «ser grande, eficaz y de robusta vida» del que hablaba el cronista mayor de nuestro siglo XIX, Benito Pérez Galdós, o como esa organización con la que «no había una comparable en toda España», según dejó escrito uno de los observadores más agudos de nuestro siglo XX, Julio Camba. Por supuesto, de nada habría servido su inspiración y su impulso de no haber contado con decenas de miles de hombres, y más recientemente mujeres, dispuestos a asumir los valores que les prescribían y a sacrificar sus vidas, a menudo literalmente, por ellos. Es de la suma de unos y de otros de donde brota ese carácter que sostiene y que distingue a la Guardia Civil, y que no siempre ni con facilidad puede un cuerpo de seguridad exhibir en su actuación.

Ahora que cumple 175 años y se interna en el siglo XXI, la Guardia Civil hace frente a nuevas dificultades. También tiene de quienes cuidarse: de un lado, aquellos que, sin compartir sus valores ni su espíritu de sacrificio, pretenden apropiársela e instrumentalizarla para sus particulares propósitos; de otro, los que habiendo cruzado la raya de la ilegalidad, ignorando con ello los derechos de sus conciudadanos, tratan de desacreditarla por haber cumplido una vez más con su deber defendiendo la ley. La vacuna frente a unos y otros es la misma: mantenerse firme en el servicio al conjunto de la ciudadanía, en velar por el derecho, la libertad y la seguridad de todos —incluidos los que la jalean y los que la denigran— con arreglo al mandato de las leyes que emanan de la soberanía popular y que no son la mejor, sino la única garantía de la justicia y la convivencia. O dicho con otras palabras, y parafraseando al general Zubía: mantenerse fiel al carácter que felizmente le proporcionó su fundador, y que no es ni fue nunca necesario reformar; basta con tener la sagacidad de adaptarlo, en cada momento, a los tiempos que corren.

Fecha de recepción: 07/05/2019. Fecha de aceptación: 08/05/2019